

No hay paz en los sepulcros

written by Jorge Olivera Castillo | lunes, 19 de septiembre, 2011 12:00 am

LA HABANA, Cuba, septiembre ([173.203.82.38](#)) - En el cementerio de la ciudad de Sancti Spíritus, a 330 kilómetros al este de La Habana, no sería raro para el visitante patear accidentalmente un pedazo de esternón o una clavícula.

La falta de regulaciones en la construcción de los nichos para los entierros, ha dado pie a la proliferación de escenas que superan el terror de los cuentos de Edgar Allan Poe.

Andrés García clama por respeto a sus familiares allí sepultados. En la sección Acuse de recibo, del diario [Juventud Rebelde, en su edición del 8 de septiembre](#), aparece su denuncia, de la cual se deduce el nivel de anarquía existente en esa necrópolis.

El problema se origina a causa de la abertura de fosos, algunas veces sin autorización, en detrimento de las tumbas aledañas que terminan con notables averías. Al analizar detenidamente el fenómeno se llega a la conclusión de que la desidia y la falta de autoridad pueden alcanzar extremos insospechados. Los llamados al civismo, la disciplina social, la recuperación de los valores morales y éticos, caen en saco roto.

Cada cual quiere resolver sus problemas en detrimento del otro. No importa el dolor ajeno. El largo discurrir de las necesidades materiales y espirituales ha provocado el arraigo del egoísmo, junto a una serie de actitudes que no se corresponden con una sociedad civilizada.

Más que un país soberano, Cuba se asemeja a un barco a punto de zozobrar, donde la prioridad es salvarse a cualquier precio. Este ejemplo ilustra en qué fase de la decadencia nos encontramos.

Enterarse de que la diseminación de pedazos de tela podrida, y otros aditamentos provenientes de los féretros es parte del espectáculo a observar en el cementerio, invita a tragar en seco. Sospecho que los redactores omitieron los detalles más aterradores del asunto. Ese nivel de deterioro ofrece margen para pensar en que en una costilla calentándose bajo el sol, un cráneo sin el hueso occipital salpicado de tierra y una rótula entre las mandíbulas de un perro hambriento, son detalles

intrascendentes.

Cualquiera de esas escenas no asombrarían dentro de un lugar que habría que incluir en alguno de los círculos del infierno. ¿No habrán ocurrido ya?

Mis suposiciones no carecen de fundamento. Con los pormenores del drama de Andrés García, me basta para imaginar apenas un tramo de esa geografía del espanto.

Termino con una cita textual de la carta enviada al diario de la juventud cubana: “Es necesario cargar los ataúdes chocando con cruces y caminando por encima del resto de las tumbas, afectándolas”.

Permítanme volver a tragar en seco.

oliverajorge75@yahoo.com